

-Las grandes desgracias no me impresionan. He visto muy de cerca la guerra y he pasado sin emocionarme por encima de montones de cadáveres -decía Juan Bridelle, un solterón con cara de escéptico-. Las tremendas atrocidades de la naturaleza y de la humanidad pueden arrancarnos gritos de indignación o de espanto, pero no alcanzan a darnos esa punzada en el corazón, ese escalofrío que nos corre por la espina dorsal cuando vemos ciertas escenas pequeñas y tristes.

Para una madre, perder un hijo es la cosa más penosa que le puede ocurrir, como es, para cualquier hombre, la pérdida de su madre. Son desgracias crueles, terribles, que trastornan y desgarran; pero de la misma manera que se cicatrizan las heridas profundas y sangrientas, se cura también el alma que ha sufrido tales catástrofes. Sin embargo, ciertos hechos pequeños, ciertas realidades apenas advertidas, apenas adivinadas, ciertos pesares secretos, ciertas perfidias del destino que remueven en nuestro interior todo un mundo de dolorosos pensamientos, que nos entreabren la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados e incurables, tanto más profundos cuanto menos benignos, tanto más vivos cuanto más fugaces, tanto más persistentes cuanto menos espontáneos, nos dejan en el alma un reguero de tristeza, un regusto de amargura, un sensación de desencanto de la cual nos cuesta mucho desprendernos.

En este momento recuerdo dos o tres hechos en los que quizás otros no habrían reparado, pero que se metieron en mí como punzadas hondas e incurables.

Les parecerá a ustedes incomprensibles la emoción que me han dejado esas fugaces impresiones. Voy a relatarles solamente una, que data de antiguo, pero que sigue tan palpitante como si fuese de ayer. Es posible que el enternecimiento que me produce sea obra por completo de mi imaginación.

Hoy tengo cincuenta años. Entonces era un muchacho estudiante de derecho.

Yo era un joven algo triste y soñador, impregnado de una filosofía melancólica. En ese momento no me gustaban los cafés bulliciosos ni los compañeros alborotadores ni las muchachas livianas. Madrugaba, y uno de mis placeres favoritos era el de pasearme solo, a eso de las ocho de la mañana, por los viveros de árboles del Luxemburgo.

Ustedes no han conocido esos viveros, ¿no es así? Eran como un jardín olvidado del último siglo, un parque bonito como una dulce sonrisa de anciana. Tupidos setos dividían las avenidas angostas y rectas, eran avenidas tranquilas, resguardadas por dos muros de follaje, recortados con exactitud geométrica. Las grandes tijeras del

jardinero no cesaban de trabajar igualando aquellos verdes muros; de trecho en trecho había terrazas de flores festoneadas de minúsculos arbolitos, alineados como colegiales de paseo, grupos de rosales magníficos y grandes plantaciones de árboles frutales.

Un lugar preferencial de aquel parque cautivador estaba reservado a las abejas. Sus colmenas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablones, abrían al sol sus puertas, del tamaño del hueco de un dedal; y por donde quiera que caminase, zumbaban los insectos de oro, verdaderos dueños de aquel lugar pacífico, auténticos paseantes de aquellas avenidas que parecían pasillos. Allí pasaba yo casi todas las mañanas. Me sentaba en un banco y leía. A veces dejaba el libro sobre mis rodillas para soñar, para escuchar en torno mío la palpitación de la vida de París y gozar del sosiego infinito de aquel parque del siglo pasado.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que yo no era el único visitante habitual que aparecía en aquel sitio desde que se abrían las puertas; y más de una vez, al doblar un matorral, me encontré cara a cara con un viejecito curioso. Usaba zapatos con hebillas de plata, pantalones con portañuelas, levita color tabaco de España, una puntilla por corbata y un inverosímil sombrero gris de anchas alas, de la época del diluvio.

Era seco, muy seco, anguloso, sonriente y algo amanerado. Sus ojos, llenos de viveza, parecían palpar y estremecerse debido a que sus párpados se abrían y se cerraban constantemente. Se apoyaba en un magnífico bastón con puño de oro que sería, seguramente, algún antiguo recuerdo.

En un principio aquel extraño viejecito despertó mi asombro, pero acabó interesándome de una manera extraordinaria. Lo espiaba a través de aquellos muros de hojas, lo seguía de lejos y me detenía en los recovecos de los bosquecillos para que no me viese.

Hasta que una mañana, creyéndose completamente solo, se puso a hacer unos movimientos sorprendentes: dio primero unos saltitos e hizo enseguida una reverencia; sus frágiles piernas trenzaron luego una cabriola, con bastante soltura, y a continuación empezó a girar sobre sí mismo, dando saltos y moviéndose con viveza, de una manera especial, sonriendo como si estuviera ante un público, haciendo venias, entrelazando sus brazos, contorsionando su cuerpo de muñeco, repartiendo en aquella soledad leves inclinaciones de cabeza, enternecedoras y ridículas. ¡Bailaba!

Quedé suspendido por el asombro, pensando si estaría loco él o sería yo el que veía visiones.

Abruptamente la danza terminó y el viejecito se adelantó como un actor en un escenario, se inclinó y, retrocediendo graciosamente, empezó a lanzar sonrisas y besos, los que enviaba con mano trémula a las hileras de árboles recortados. A

continuación reanudó con mucha seriedad su paseo.

Desde aquel día no lo perdí de vista; todas las mañanas repetía la inverosímil escena.

Me entraron unas ganas locas de conversar con él. Me arriesgué y, después de saludarlo, le dije:

-Hace un hermoso día, señor.

Me hizo una reverencia.

-Así es, caballero, parece un día de otros tiempos.

A la semana éramos grandes amigos y me enteré de su vida. Había sido maestro de baile en el teatro de la Ópera durante el reinado de Luis XV. Su hermoso bastón le había sido regalado por el Conde de Clermont. Cuando llegábamos al tema de la danza no dejaba de hablar.

Un día me confidenció que se había casado con la Castris, quien hacía su aparición en las tardes.

-Este jardín -me decía- es nuestra delicia y nuestra vida. No nos queda ya más de aquellos tiempos. Si nos lo quitasen, creo que no podríamos seguir viviendo. Tiene abolengo y distinción, ¿no le parece? Me hace el efecto de que aquí respiro la misma atmósfera de mi juventud. En él pasamos mi mujer y yo todas las tardes; pero yo soy madrugador y vengo desde la mañana.

Apenas terminé de comer volví al Luxemburgo y tropecé muy pronto con mi amigo, quien llevaba del brazo a una viejecita menuda, vestida de negro, a la que fui presentado. Era la Castris, la famosa bailarina, amada de príncipes, amada del rey, amada por todo un siglo que dejó tras de sí un aroma de amor galante. Nos sentamos en un banco. Corría el mes de mayo. Por el follaje de las avenidas perfumadas por el aroma de las flores se deslizaba un sol benigno que derramaba sobre nosotros una débil luz. El vestido de la Castris parecía humedecido por gotitas luminosas.

El jardín estaba solitario; a lo lejos se oía un sonido de carruajes. Entonces le pregunté al anciano bailarín:

-¿Querría usted darme una idea de lo que era el minué?

Se estremeció.

-El minué, caballero, es la reina de las danzas, y la danza de las reinas. ¿Me comprende usted? Al desaparecer los reyes, desapareció con ellos el minué.

Comenzó un elogio ditirámico, hecho en un lenguaje pomposo, sobre el estilo y las figuras y otros detalles, de lo cual no llegué a entender nada. Le pedí que me describiese los pasos, los movimientos, las posturas. Se confundió entero y, al ver su impotencia, se puso nervioso y preocupado. Pero de pronto se volvió a su antigua compañera, que permanecía seria y silenciosa, y le dijo:

-Elisa, ¿serías tan gentil de ayudarme a mostrarle a este señor lo que era el minué?

Miró ella a todos lados con ojos inquietos y después, sin decir palabra, fue a situarse frente a frente al bailarín.

Lo que vi entonces no lo olvidaré jamás.

Ambos iban y venían haciendo delicados gestos infantiles, se dirigían sonrisas, se deslizaban, se inclinaban, daban brinquitos como dos viejas muñecas movidas por un artificio mecánico de otros tiempos, algo forzado, obra de un obrero muy hábil para su época, pero que hoy aparecía algo obsoleto. Yo contemplaba en silencio, con el corazón turbado por sensaciones extraordinarias, sintiendo una indecible melancolía. Creía encontrarme ante una visión lamentable y cómica, ante el remedo anticuado de otra época. Me entraban ganas de reír y sentía necesidad de llorar.

Se detuvieron de improviso; habían terminado las figuras del baile. Durante unos segundos permanecieron en pie, cara a cara, haciendo los más extraños ademanes; después se besaron entre sollozos.

A los pocos días tuve que salir de París. No volví a verlos. A mi regreso, dos años más tarde, habían deshecho los viveros. ¿Qué habrá sido de aquella pareja sin su amado jardín de otros tiempos, con sus paseos dispuestos en forma de laberinto, con su aroma del pasado y las graciosas curvas de sus glorietas? ¿Habrán muerto ya? ¿Andarán errantes, almas en pena, como en país extraño, por las calles modernas? ¿Bailan tal vez, como espectros grotescos, un fantástico minué entre cipreses de un cementerio, al claro de luna, por sendas bordeadas de tumbas?

El recuerdo suyo me persigue, me obsesiona, me tortura; ha quedado dentro de mí como una herida sin cicatrizar. ¿Por qué? Lo ignoro.

Y ustedes creerán seguramente que estos persistentes recuerdos no son más que una gran tontería.